



C A R A C A S  
APARTADO 628

# Revista Venezolana de Orientación

AÑO 19 - N° 187  
JUL. - AGO. 1956

Ha sido frecuente en escritores protestantes y racionalistas el sobrevalorar el influjo de San Ignacio y la Compañía de Jesús en la historia moderna de la Iglesia Católica. Incluso se ha pretendido rodear a la orden jesuitica de un carácter casi esotérico y misterioso, a la manera de la Masonería, supuesta émula suya en eficacia y en la utilización de incontrolables resortes de acción.

Muy lejos de estas actitudes, perfectamente ingenuas para el historiador objetivo, cabe estudiar en San Ignacio de Loyola el orientador del moderno apostolado católico. Grandes y providenciales personajes han impreso sello peculiar a enteros períodos de la historia eclesiástica: San Pablo, San Benito, San Agustín, San Francisco de Asís...

San Ignacio de Loyola merece catalogarse en esa serie de figuras trascendentes. Precisamente, y de una manera particular, por su aporte de estrategia en la orientación del apostolado moderno de la Iglesia.

Roma, centro y resorte.-

San Ignacio era hijo de la España del Renacimiento. El Renacimiento, que no es simplemente una corriente artística y literaria, sino un vasto movimiento cultural del Occidente Europeo, se inicia, como primera manifestación, con la revaloración del Derecho Romano en la Universidad de Bolonia. El Derecho Romano, en oposición al Derecho Feudal, llevaba consigo una tendencia centralizadora del poder en el Emperador o en el Rey. En lo político, el Renacimiento provoca la creación de las monarquías absolutas y de los Ejércitos Permanentes. Y en éste, como en otros aspectos, España corría —a fines del siglo XV y principios del XVI— a la vanguardia de Europa. Cuando San Ignacio se formaba en la Corte de Castilla, los Reyes Católicos habían dominado a los señores feudales, encauzando su vigor disperso, a veces turbulento y destructor, a la conquista de Granada. Poco más tarde el propio Capitán Iñigo de Loyola contribuiría, en la Guerra de los Comuneros, a quebrar la autonomía de las municipalidades corporativas. Con la conquista de Navarra se había dado también un paso decisivo en la merma de las autonomías regionales. El primer ejército permanente de Europa, el de los invencibles Tercios Españoles, había de imponer la hejemonía europea de la Península Ibérica durante siglo y medio. Estas eran realidades históricas, con manifiestos aspectos positivos y negativos, que no nos corresponde analizar en esta síntesis.

Con la corriente centralizadora de las Monarquías absolutas coincide, en el periodo del Renacimiento, el robustecimiento del Poder Centralizador del Pontificado Romano. Corresponde a San Ignacio un papel extraordinario y providencial en este fenómeno histórico.

Providencial: porque ni él ni sus compañeros pensaban —cuando formaron el primer grupo de la Compañía de Jesús— en asentarse en Roma. Soñaban

LA HUELLA  
IGNACIANA  
EN EL  
APOSTOLADO  
MODERNO

más bien en una sabrosa y retirada meditación de la vida de Cristo en Palestina, tal vez con una efusión apostólica a la conversión de los mahometanos. Dios llevó a San Ignacio y su brillante equipo de doctores parisinos a la Corte Papal, y les expresó su voluntad en la decisiva visión de la Storta: Ego vobis Romae propitius ero: Yo os seré propicio en Roma. En Roma los detuvo la voluntad de Dios y la orden expresa del Papa Paulo III.

Es entonces cuando San Ignacio pone a las órdenes del Papa un escuadrón ágil y disciplinado: la Compañía de Jesús, que es, en su nombre —Compañía— y en su espíritu, obra característica de un militar español del siglo XVI. “Esta Compañía y cada uno de sus miembros que en ella profesan, militan para Dios bajo la fiel obediencia de nuestro Santísimo Señor el Papa Paulo III y de los Romanos Pontífices, sus sucesores”. San Ignacio, nombrado General de la Compañía de Jesús, a las órdenes del Papa, hace lógicamente de Roma cuartel general, centro y resorte de su acción universalista. De Roma parte Javier a la India; Oviedo, a Etiopía; Broet, a Irlanda; Fabro, a las Cortes Europeas; Canisio, a Alemania; Láinez y Salmerón, a Trento.

El cuarto voto jesuítico de obediencia al Papa, más que una novedad ascética, fué una realidad apostólica que influyó en la actitud de otras grandes órdenes religiosas y fortificó manifiestamente el poder centralizador del pontificado.

Roma, centro y resorte. Adhesión ideológica generosa y total, según se pedía en las Reglas para sentir con la Iglesia, el Libro de los Ejercicios: “Depuesto todo juicio debemos tener ánimo aparejado y prompto para obedecer en todo a la vera sposa de Christo Nuestro Señor, que es la nuestra sancta Madre Iglesia hierárchica. Alabar todos preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo prompto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en su ofensa”.

Adhesión práctica en un ejército disciplinado y ágil por la docilidad de la obediencia. Tal era uno de los rasgos centrales del espíritu apostólico de San Ignacio. Los frutos han sido extraordinarios en la historia de la Iglesia y son una lección viva para el apostolado católico moderno. Precisamente un hijo de San Ignacio, el Padre Lombardi, ha delatado en nuestros días una realidad lamentable. Dentro de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, parecen desarrollarse en exceso algunos órganos con detrimento y atrofia de otros, entorpeciendo el desarrollo armónico de la actividad integral de la Iglesia, cuya eficacia reclama su perfecto control por el Vicario de Cristo.

Los medios humanos: la propaganda.-

Pedro de Ribadeneira escribió en la Vida de San Ignacio: “En los casos del servicio de Nuestro Señor que emprendía, usaba de todos los medios humanos, para salir con ellas, con tanto cuidado y eficacia como si dellas dependiera el buen suceso; y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su Divina Providencia como si todos los otros medios humanos, que tomaba, no fueran de algún efecto”.

Es otro de los rasgos vitales de su orientación apostólica. Sus hijos debían tener cuidado muy puntual de la salud y los superiores proporcionarles los medios para conservarla; habían de reunir condiciones de cultura e inteligencia, que superaran la mediocridad; cursar estudios prolijos y lograr títulos universitarios; hablar y escribir con elegancia y eficacia; extremar sus actitudes cortes, la limpieza y la modestia en el trato social.

Algunos lo han considerado como el precursor de la moderna propaganda periodística. Hacia transcribir, cada cuatro meses, en numerosas copias las noticias apostólicas más sobresalientes de sus hijos, dispersos por el mundo. Estas noticias cuatrimestres corrían de mano en mano por las cortes, los colegios y las universidades. Así, las portentosas hazañas apostólicas de Javier conquistaron para la Compañía las más brillantes vocaciones. Las litterae cuatrimestres son un anticipo de la prensa moderna.

La preocupación de los selectos.-

Los más acertados orientadores del apostolado católico de nuestros días han insistido con justicia en la formación de los selectos. En realidad pequeños

grupos de selección conducen la gran masa humana. Los enemigos de la Iglesia —concretamente el comunismo internacional, maestro en el arte de la propaganda— nos vienen dando ejemplos impresionantes de esta táctica.

Se ha ponderado, bajo otros aspectos, la creación ignaciana del Colegio Romano y de los seminarios anexos: Germánico, Hungárico, Inglés, etc. Por ello se le ha proclamado como el primer creador de los modernos seminarios eclesiásticos. Hay, sin embargo, un aspecto que queremos hacer resaltar en esta realización ignaciana: la fe del estratega Loyola en la eficacia revolucionaria del pequeño grupo de selectos, recogidos en el campo de combate con el protestantismo y formados en Roma junto al Papa. Su certera visión apostólica veía en ellos la levadura católica de los pueblos del Norte. En efecto: allí se han formado y siguen troquelándose los Prelados, los profesores y los escritores católicos más eficaces del mundo católico. Y decimos del mundo católico, porque el ejemplo del Seminario Germánico ha sido felizmente imitado en todas las naciones católicas que envían las vocaciones más selectas de su clero a formarse, muy cerca del Papa, en el viejo Colegio Romano, hoy Universidad Pontificia Gregoriana de Roma.

Un troquel: los Ejercicios Espirituales.-

Varias innovaciones institucionales de San Ignacio de Loyola merecieron el calificativo de revolucionarias dentro del ambiente ascético de las órdenes religiosas de su época. Polémicas violentas provocaron: la innovación de los votos simples, la no obligatoriedad de las penitencias corporales, la supresión del coro, la eliminación del hábito, el enorme poder del General, el largo Noviciado, la Tercera Probación, la facilidad de expulsión y las dificultades de ingreso en la Compañía. Bien sabido es que muchas de estas modalidades han sido aceptadas libremente o impuestas por el Derecho Canónico a muchas congregaciones religiosas.

Pero tal vez la novedad ignaciana, que más profundamente viene influyendo en la Iglesia católica de nuestros días, es la práctica de los Ejercicios Espirituales. También fueron objeto de violentas y apasionadas discusiones.

San Ignacio quería a sus hijos entregados al apostolado con una consagración total, vinculando su propia salvación y santificación a la salvación y santificación de los prójimos. Pero no desconocía los peligros de la acción; digamos del activismo. Muy lejos de valorar solamente, como viene sucediendo en la tendencia llamada Americanista, las "virtudes activas", concede un valor fundamental a las virtudes sólidas y perfectas: las que, con enorme impropiedad, se han llamado "virtudes pasivas": mortificación, obediencia, oración, penitencia y humildad. Para sus hijos formuló explícitamente en las Constituciones: "Todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales; y se haga de ellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos, porque aquellas interiores han de dar eficacia a éstas exteriores para el fin que se pretende".

Esta fórmula ignaciana tiene resonancia persistente en numerosos documentos del actual Pontífice Pío XII, que ha llegado a calificar la moderna exaltación del activismo y de las virtudes activas, como herejía de la acción.

El apóstol moderno, anegado en el vértigo de la acción, necesita una educación especial de la libertad para el uso de la libertad; y una formación espiritual tan sólida y profunda, que pueda superar y purificar el ambiente que le rodea. San Ignacio creó para ello un troquel, una fragua de indiscutible eficacia: los Ejercicios Espirituales.

Sus hijos los han de hacer dos veces en la vida durante todo un mes y repetirlos anualmente durante ocho días. Los Pontífices modernos, por medio del Derecho Canónico, han impuesto a los sacerdotes y religiosos su práctica anual. Pero es todavía más interesante la importancia que conceden a los santos Ejercicios en la formación de los apóstoles seculares.

Pío XI, en su Encíclica Mens Nostra escribió el año 1929: "Con no menor solicitud, Venerables Hermanos, aconsejamos que con los Ejercicios Espirituales se formen convenientemente las múltiples legiones de la Acción Católica... No tenemos ciertamente palabras bastantes con que poder expresar la singular

alegría que nos ha inundado el saber que casi en todas partes se han organizado tandas especiales de santos Ejercicios en que se ejercitan estos pacíficos y valerosos soldados de Cristo y principalmente los grupos de los jóvenes. Los cuales, al acudir frecuentemente a ellos para estar cada vez más preparados y prontos para pelear las sagradas batallas del Señor, en ellos no sólo hallan medios para imprimir en sí más perfectamente el sello de la vida cristiana, sino que ni aun es raro que oigan en su corazón la secreta voz de Dios, que los llama a los sagrados ministerios y a promover la salud de las almas y hasta los impulsa a ejercitar plenamente el apostolado. Espléndida es, en verdad, esta aurora de bienes celestiales, a la que seguirá y coronará en breve un día pleno, con tal de que la práctica de los Ejercicios Espirituales se propague más extensamente y se difunda con pericia y prudencia entre las varias asociaciones de católicos, en especial de jóvenes”.

“Y como en nuestros tiempos los bienes temporales y las comodidades que para la vida se siguen de ello, juntamente con cierto grado de bienestar, han alcanzado y no poco a los obreros, y demás personas que viven de un sueldo, llevándolos a una condición de vida más dichosa, hay que atribuir a la bondad de Dios misericordioso y pródigo, el que también se reparta entre el vulgo de los fieles este celestial tesoro de los Ejercicios Espirituales, que a manera de contrapeso contenga a los hombres, para que oprimidos por el peso de las cosas perecederas y hundiéndose en las comodidades y dulzuras de esta vida no caigan miserablemente en las doctrinas y costumbres del materialismo. Por esta causa con razón favorecemos con ardiente celo las obras “en favor de los Ejercicios”, que ya en algunas regiones van en aumento, y, sobre todo, los fructíferos y oportunistas Ejercicios de obreros, con las anexas Ligas de Perseverancia”.

No necesita comentarios este texto pontificio. Pero sí creemos saludable y tal vez necesario transcribir algunos de los párrafos que inmediatamente siguen en la Encíclica recalcando la conveniencia de practicar los Ejercicios Espirituales según el método ignaciano. Dice el Pontífice:

“Pero para que los alegres frutos que hemos enumerado se sigan de los santos Ejercicios, es preciso hacerlos con la debida diligencia... Finalmente interesa en sumo grado para hacerlos debidamente y sacar fruto de ellos el que se practiquen con un método sabio y apropiado.

Mas es cosa averiguada que entre todos los métodos de Ejercicios Espirituales, que muy laudablemente se fundan en los principios de la sana ascética católica, uno principalmente ha obtenido la primacía, el cual, adornado con plenas y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede, y ensalzado por las alabanzas de varones preclaros en santidad y ciencia de espíritu, ha producido en el espacio de casi cuatro siglos grandes frutos de santidad: nos referimos al método introducido por San Ignacio de Loyola, que cumple llamar especial y principal maestro de los Ejercicios Espirituales”.

Si San Ignacio de Loyola no hubiera contribuido a la orientación del apostolado moderno sino con el tesoro inapreciable de su librito de los Santos Ejercicios, podría considerársele como uno de sus mentores más eficaces y trascendentales.

Cerramos estos breves comentarios con una advertencia elemental: no hemos pensado en agotar una materia, que sin duda tiene otros muchos aspectos luminosos, que se pudieran analizar. Tal vez entre los señalados están varios de los más importantes. Basten como homenaje en el Cuarto Centenario de su muerte, al soldado de Cristo; al genial estratega de la Iglesia en los tiempos modernos.

MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.